

que mi ánimo es traerle vivo con todos los suyos al templo de mis dioses, para sacrificarlos en sus aras.

La insistencia del general en jefe de los tlaxcaltecas indignó á Hernan Cortés, y apenas lo supieron los españoles, desearon castigar aquella ofensa.

Al dia siguiente, apenas amaneció, todos abandonaron el cuartel general, y avanzaron hasta elegir una posicion ventajosa para recibir al enemigo.

Allí formó Hernan Cortés su ejército, guarneció los lados con la artillería, y destinando los jinetes para acudir en socorro de los destacamentos de sus tropas que estuvieran en más peligro, aguardó el momento de la lucha con ánimo sereno, con la seguridad del triunfo.

Poco tuvo que hablar á sus soldados.  
Sus palabras recordándoles la ofensa que les habia inferido Xicotencal, resolvieron á todos á morir ó á vencer.

## CAPITULO LXXXIX.

### Una victoria providencial.

Xicotencal reunió todas las fuerzas para dar una nueva batalla á los españoles.

Mentira parece que pudieran resistir éstos el empuje de aquellos indomables guerreros.



Su jefe habia hecho cuestion de honra la victoria sobre el enemigo, y á fin de que aquel dia pudiera realizarse su propósito de aprisionar á los españoles y llevarlos maniatados ante el ara, para sacrificarlos allí, se puso en movimiento con las tropas de todos los caciques confederados, que componian, segun la historia, un número de cincuenta mil hombres.

Al frente de aquel ejército iba un alto dignatario con una especie de lanza en cuyo extremo superior habia un águila de oro, insignia de Tlaxcala que infundia gran aliento en los soldados, y que solo servia para las grandes empresas.

Hernan Cortés se preparó para esperar al enemigo.

Avanzaban todos en una masa compacta, dando grandes voces, y demostrando los vivos deseos que tenian de acabar con los españoles.

Cuando estuvieron á tiro de cañon, dispuso Hernan Cortés que se hicieran disparos, y los estragos que causaron las balas y la metralla en aquellos infelices les detuvieron.

Xicotencal necesitó emplear toda su elocuencia para impulsarles á avanzar.



Irritados al ver que los disparos de los cañones diezmaban sus filas, se adelantaron en confuso tropel, disparando sus flechas y sus hondas.

Pero los arcabuces y las ballestas les contuvieron de nuevo.

Mucho tiempo duró el combate, sin que los españoles experimentasen pérdida alguna.

Xicotencal conoció que necesitaba hacer un supremo esfuerzo, aunque sacrificase á muchos de sus soldados, y todo su ejército cayó como un torrente devastador sobre los españoles y zempoales, logrando romper sus filas y separarlos.

Solo el poder de sus armas y la superioridad que tenían sobre los indios como militares, fué causa de que no quedaran todos destruidos.

Un suceso providencial salvó la vida, comprometida muchas veces, de los españoles.

Xicotencal era un hombre de un carácter majestuoso, díscolo, pendenciero.

Uno de los caciques confederados que habían acudido à prestarle su apoyo en aquella guerra, temeroso de sacrificar à todos sus soldados, quiso formar parte de la reserva, y no obedeció con puntualidad las órdenes del general en jefe para que se lanzara al combate.

Preguntaba en medio de la pelea Xicotencal dónde se hallaba el cacique Hizperagua y su hueste.

Viendo que no acudía á su llamamiento, corrió con una gran parte de sus tropas à su encuentro para animarle, y el cacique le respondió, que convencido de los estragos que causaban las armas de los españoles, no quería sacrificar á su gente.

Tal indignacion produjo esta respuesta en Xicotencal, que olvidándose de lo necesaria que era á sus fines la union de todos los indios, acusó de cobarde al cacique y le irritó de tal manera, que no pudiendo soportar el cacique aquellas acusaciones,

abandonó el papel modesto de subordinado, y encarándose con su jefe:

—Soy tan valiente como tú, le dijo, y en prueba de que no te temo, vamos á medir nuestras fuerzas si quieres, y verás como soy mas poderoso que tú.

Xicotencal no se contuvo tampoco, y los dos caciques se fueron à las manos.

Los soldados viendo en peligro á sus jefes, se pusieron respectivamente de su parte.

Aprovechándose de esta circunstancia, dispuso Hernan Cortés una carga terrible contra sus adversarios.

El éxito fué tan brillante, que quedaron muertos infinidad de indios, heridos muchos más, y los restantes tuvieron que retirarse en desorden, dejando para mejor ocasion sus querellas intestinas.

Los españoles volvieron á su cuartel.

Solo habían perdido un hombre.

Veinte habían sufrido heridas leves, tan leves que aquella misma noche pudieron prestar servicios en calidad de centinelas.

Pero aunque tan poderoso triunfo habían alcanzado, la verdad era que el desaliento más profundo se apoderó de todos ellos.

—Esto es lo que nos espera, decían los más atrevidos. Antes de llegar á México tendremos que sostener muchas batallas como esta, y no hay fuerza que pueda resistir luchas tan desiguales. ¿Qué importa que haya un imperio que conquistar? Si la suerte nos ha favorecido en tres ó cuatro ocasiones, al fin se cansará de prestarnos su ayuda, y sucumbiremos de una manera desastrosa.

Volvamos á Veracruz, partamos desde allí á Santiago de Cuba.

Lo demas es desafiar la muerte á todas horas.

Estas y otras proposiciones parecidas salieron de los labios de los españoles, y llegaron á oídos de Hernan Cortés.



No era aquella la ocasión, ni de reprimirlos, ni de satisfacer sus deseos.

Hernán Cortés se hizo el sordo, y aguardó á que después del descanso mudasen de opinión.

No es posible, al recordar los episodios de batallas tan formidables, sostenidas por el conquistador de México con un puñado de valientes contra ejércitos tan formidables; no es posible, repetimos, no atribuir la mayor parte de sus triunfos á los misterios de la Providencia.

Al día siguiente llamó Hernán Cortés á los capitanes, y les encargó que tranquilizasen á los soldados, haciéndoles desistir de sus deseos de volver á Santiago de Cuba.

Los esfuerzos de los capitanes fueron inútiles.

La actitud de los soldados era decisiva, enérgica.

Se querían volver atrás.

Otra vez se vió obligado el gran hombre á jugar el todo por el todo.

—A grandes males, grandes remedios, se dijo.

Y reuniendo á todos los españoles en la plaza del pueblo, que se había convertido en plaza de armas, les habló con su natural elocuencia.

—Hemos alcanzado portentosas victorias, les dijo; en nuestras expediciones hemos logrado poner de nuestra parte á los zempoales y totonaques, que como habeis visto, están dispuestos á derramar hasta su última gota de sangre por nuestra causa.

Dentro de poco los mismos tlaxcaltecas nos abrirán sus brazos.

Sin embargo en vuestro semblante noto el desaliento; todos deseais volver la espalda al enemigo, como si os hubieran vencido: esto es indigno de españoles.

Pero no quiero dar un solo paso, sin contar con vosotros.

A la salida de Santiago de Cuba me aclamasteis por vuestro jefe.

Cuando he resignado el mando, he vuelto á recuperarle por vuestra voluntad; porque siempre he querido contar con la fuerza que da á un jefe el voto sincero de los que se hallan á sus órdenes.

En la situación en que estamos, avanzar es triunfar: volver la espalda al enemigo es perder para siempre el prestigio que hemos alcanzado; es considerarnos vencidos; es abandonar á nuestros aliados, que lo han sacrificado todo por nosotros; es entregarlos á la indignación y á la venganza de los tlaxcaltecas; es cometer una infame acción; es deshonorar á nuestra patria y á nuestro rey á los ojos de los indios; es mas aún, es renunciar á la sagrada misión que aquí nos ha traído de difundir la religión cristiana entre estas tribus bárbaras.

Si vuestro deseo es que volvamos, volved vosotros.

Yo lucharé solo con los enemigos hasta que me destrocen; porque es preferible morir de esa manera, á volver á nuestra patria con los ojos bajos, con la conciencia intranquila, con la seguridad del desprecio, con la persuasión de no haber cumplido los deberes que nos ha confiado la patria.

Estas palabras, pronunciadas con la energía, con la elocuencia, con el calor con que hablaba en las ocasiones solemnes el ilustre conquistador, animaron á los capitanes, quienes transmitieron su entusiasmo á los soldados, y uno de ellos, interpretando los sentimientos de todos:

—Amigos, exclamó, nuestro capitán pregunta qué debemos hacer; pero al preguntarnos nos enseña que no es posible nuestra retirada sin oprobio y vergüenza para todos. Sigámosle al combate; derramemos si es preciso hasta nuestra última gota de sangre.

Este propósito fué aceptado por aclamación, disponiéndose todos con nuevo brío á proseguir la senda que les trazaba el caudillo.



## CAPITULO XC.

## Los hijos del sol.



La derrota de los tlaxcaltecas produjo en la república honda sensación.

Aguardaban los senadores con ansia el resultado del combate, y su desesperación era inmensa al ver que á cada instante llegaban en precipitada fuga gran número de indios, anunciando que los españoles causaban con sus armas estragos terribles en las filas de su ejército.

Como á estas palabras acompañaba el espectáculo de los muertos y los heridos que trasladaban á la ciudad desde el campo de batalla, las mujeres y los niños, los ancianos y los hombres que habían acudido de la población, estaban consternados.

—¿Qué gran desgracia es esta? decía Magiscatzin. ¿Qué poder supremo tienen esos hombres, que siendo en tan pequeño número, resisten el empuje del formidable ejército de Xicotencal?

Tres batallas habían ganado, y ya la plebe de Tlaxcala consideraba á sus enemigos como dioses, porque solo siéndolo era como podían vencer el empuje de guerreros tan temibles, y que en todos los combates habían quedado victoriosos.

En vista de la nueva derrota dispuso Magiscatzin que se reunieran todos los senadores para deliberar acerca del partido que debían tomar.

El pueblo deseaba la paz á toda costa, y no ocultaba á los magistrados de la república que eran estos sus deseos.

La mayor parte de los senadores creían imposible el triunfo de sus tropas, y parecían dispuestos á retirarse con sus familias á los montes, abandonando el campo á sus enemigos.

Pedían algunos que cesasen las hostilidades, que se aceptase la paz propuesta por los españoles, y que les llevasen en triunfo á la ciudad, considerándolos como divinidades.

Para oír á unos y á otros, para tomar una resolución en tan graves circunstancias se reunió el senado.

Hasta la inesperada lucha de Xicotencal con el cacique fué considerada como obra del supremo poder de los españoles.

—Por fuerza están encantados, ó poseen el don de encantar, dijo una voz en la asamblea.

Esto fué un rayo de luz.

En semejante caso solo los magos y agoreros de la república podían dar un consejo saludable, podían salvar á la patria de las desventuras que pesaban sobre ella.

Los magos y agoreros gozaban de gran influencia en Tlaxcala.

Eran queridos y respetados, y el senado en masa dispuso que acudieran á su presencia.

No tardaron en presentarse.

Magiscatzin se encargó de interrogarlos.

—No ignorais el desastre que pesa sobre nosotros, les dijo.

—Harto lo sabemos, exclamó Izuf, el más anciano de los agoreros.

—La situación de nuestras tropas es desesperada. La formidable república de Tlaxcala se ve al borde del abismo.

—No creais, gran Magiscatzin, añadió Izuf, que pasan desapercibidas para nosotros esas desventuras.

Tres días y tres noches hace que pedimos á nuestra ciencia los medios de evitar semejantes catástrofes.

Hemos trazado infinitos círculos, hemos consultado los astros, hemos pedido á nuestra ciencia la revelación de los más insondables secretos, y al fin hemos triunfado.



Estas palabras despertaron un vivísimo interés en el auditorio.

—¿Sabeis quiénes son esos hombres? preguntó Magiscatzin.

—Sí, añadió Izuf; son hijos del cielo: él los ha engendrado en la tierra, y de su seno han salido de las regiones orientales.

—¿Y en qué consiste su poderío?

—¿Cómo siendo tan pocos pueden sembrar el espanto y la muerte en nuestras filas, y vender à millares de hombres?

—Porque las batallas han tenido lugar en presencia del sol.

Mal podía su padre abandonarlos en crítico trance.

El les presta toda su fuerza, todo su influjo; por eso han vencido.

—¡Ah! exclamaron todos.

—¿No es cierto, añadió Izuf, que al oscurecer se han retirado à sus cuarteles?

—Sí, contestaron todos con creciente interés.

—¿Y eso no os dice nada?

—¿Qué puede significar?

—Eso significa, que apenas hunde el sol su frente en el ocaso, pierden toda la fuerza que les da.

¡Ay de ellos si nuestros ejércitos les hubieran sorprendido en medio de la noche!

¡Entonces habriais visto cómo triunfaban!

Si quereis, pues, librar à la república de las calamidades que la amenazan, si quereis triunfar para siempre de sus enemigos, es necesario que Xicotencal vaya con su ejército en medio de las sombras de la noche à su guarida, que allí les sorprenda, que allí luche con ellos, y no dudeis entonces del triunfo de los tlaxcaltecas.

Profunda admiración causaron las palabras de los magos.

Inmeditamente se notició à Xicotencal el descubrimiento que habian hecho, y para tranquilizar al vulgo, le participaron la revelación que habian hecho los augures.

Los ánimos se tranquilizaron.

La esperanza renació en el pecho de los abatidos tlaxcaltecas.

Emisarios partieron à comunicar à Xicotencal las órdenes de Magiscatzin.

—«Es necesario que los ataqueis al ponerse el sol», le mandaba decir el presidente del senado.

Xicotencal, que tampoco habia podido explicarse el triunfo de los españoles, dió fe à las palabras de los augures.

Inmeditamente tomó las medidas necesarias para sorprender de noche à los españoles.

Apénas oscureció, en medio del mayor silencio, se pusieron en movimiento todas las fuerzas que habia podido reunir Xicotencal.

Los españoles estaban en el pueblo que habian fortificado y convertido en cuartel general.

El jefe de los indios dispuso que los diez mil hombres que llevaba se repartiesen en tres grupos, y atacasen de pronto y por distintos lados de la fortaleza de los españoles.

Una señal debia ponerlos à todos en movimiento para lanzarse sobre el enemigo.

Xicotencal hizo la señal convenida.

Los indios se precipitaron sobre el asilo de los españoles.

Una terrible descarga, à la que siguió una encarnizada lucha brazo à brazo y cuerpo à cuerpo, consternó à los enemigos, que dando crédito à las palabras de los guerreros, de que no les costaría trabajo dominar à los españoles, por carecer de fuerza mientras el sol estuviese oculto, habian ido à provocar à los extranjeros.

Hernan Cortés, habia sabido por medio de sus espías la llegada del ejército; comprendió que Xicotencal intentaba efectuar una sorpresa, y se preparó para contrarestar su empuje.

La resistencia desconcertó à los indios.



Pero olvidándose el caudillo indio de los augures, y buscando en sus propias fuerzas la energía necesaria para intentar de nuevo el triunfo, atacó segunda vez la fortaleza.

Poco tardó en convencerse de lo inútil de sus esfuerzos.

Los indios se retiraron en el mayor desconcierto, dejando gran número de cadáveres y de heridos.

Hernan Cortés, al verlos huir, dispuso que una gran parte de sus soldados y todos los jinetes corrieran en su seguimiento.

Para consternar más y más al enemigo, mandó poner en los pretales de los caballos ruidosos cascabeles, y como en medio de la noche oyeron aquel sonido inesperado los indios, su pavor se aumentó, y Xicotencal no bastó á contenerlos.

Muchos quedaron en el cuartel general del jefe indio.

La mayor parte regresaron á la ciudad, y comunicaron su desesperacion á sus hermanos, desmintiendo la creencia de los augures.

Parece todo esto fabuloso, y sin embargo la *Historia de la Conquista de México* ofrece en cada una de sus páginas escenas como la que acabamos de referir.

## CAPITULO XCI.

¡La única esperanza de un pueblo derrotado!



GUARDABAN con ansia los tlaxcaltecas desde la ciudad el resultado de la última tentativa que su general en jefe iba á llevar á cabo, para reducir á los españoles.

Los adoratorios estaban llenos de fieles, que suplicaban á sus ídolos que favoreciesen el esfuerzo de sus soldados.

Pero la ansiedad quitaba la devocion, y aquella noche velaron casi todos los tlaxcaltecas esperando en los alrededores de la ciudad la llegada de emisarios que participasen el triunfo de la justicia.

¡Cuán grande fué la consternacion de los tlaxcaltecas al saber las primeras noticias de la frustrada sorpresa de Xicotencal!

Inmediatamente se transmitieron unos á otros la fatal nueva, y el pueblo en masa pidió que fueran castigados los augures.

—Su ciencia es falsa, decian unos.

—Nos han engañado, exclamaban otros.

—Los enemigos son más poderosos que nosotros; saben más.

Y todos á una se agolpaban á las puertas del senado para pedir a los senadores que propusiesen la paz con los españoles, porque ya desesperaban de vencerlos.

¡Qué agitacion, qué desaliento, qué amargura para los tlaxcaltecas!

Las esposas preguntaban por los esposos que habian ido á luchar por la patria.

La mayor parte de las familias no recibian de los seres queridos de su corazon más que un cadáver yerto.